castigo, sino el terror de ser descubiertos en la casa por la benemérita, y tener que cruzar su propio valle y que la gente del pueblo les vea conducidos entre la pareja del tricornio.—¡Pobres pájaros de montaña!—exclamó Rogelli.—Es preciso verlos luego, el invierno, en las grandes ciudades, donde jamás han puesto el pie, cómo resultan otra clase de gentes que parece como llovida del cielo. Vuelven del teatro aturdidos, se pierden por las calles en pleno día, corren como locos al oír la retreta, volviendo esquinas al azar, poseídos de verdadero furor, y ¡desgraciadas las costillas de los que sufran sus encontrones! Suspirando siempre por el verano, que los devolverá á sus montañas y á sus familias, les escriben larguísimas y fatigosas cartas en pliegos comprados uno á uno y siempre con el soldado alpino en el margen.

Ya había pasado entretanto el batallón *Val Chisone*, y los soldados de los últimos pelotones se sacudían presurosamente del sombrero y de los hombros los rododendros y las margaritas que caían sobre ellos, juntos con los recuerdos de la familia y del amante, en presencia del rey.

*
* *

Otra endiablada música de cornetas, otro batallón de atletas sonrosados, y otra vez mil exclamaciones unidas en un solo grito:—¡Ahí

están los Valsusini!—El batallón *Val Dora* avanzaba, el mejor de los hijos del famoso valle, del canal de los ejércitos, al cual da nombre la vieja Susa, *llave de Italia y puerta de la guerra* que vigila los caminos del Monginevra y del Moncenisio, y guarda los Alpes Graie y Cozie. Eran jóvenes de todas partes del largo valle, del abanico de vallecillos que se abre alrededor de la fría Bardonecchia, hasta los bellos lagos de jardín que dan gracia y fama á Avigliana.—¡Qué buenas columnas!—exclamó Rogelli enorgullecido;—¡verdaderas pilastras de catedral!—Y así era en efecto. Allí se encontraban en medio los intrépidos pastores que habían pasado su adolescencia guiando ovejas entre los aquilones que flagelan las cimas del Rocciamelone y de la Ciamarella; los trabajadores tenaces de las minas de Bussoleno; los membrudos campesinos de Oulx, nacidos y petrificados en el fondo de un cruel sepulcro de montañas. El agrónomo dejó escapar una exclamación solitaria, que era como el fragmento vocal de un soliloquio mudo:—El vino de Chiomonte... ¡Ah, lo creo!—¡Usanza agradable!—dijo como para sí Rogelli.

Allí estaban los soldados de Gravere, que cuando se presenten en casa de la prometida para llevarla á la iglesia, hallarán en la puerta una vieja contrahecha y harapienta, que pretenderá ocupar el lugar de la muchacha, entablando un diálogo de comedia, hasta que la vieja arroja á la cara del joven un pastel de arroz, escapando á correr á celebrarlo con sus compañeros. Los de Mompantero, por el contrario,

tienen la facilidad de poder calcular la dote de las muchachas por el número de listas rojas que llevan en el fondo de la falda negra en los días de fiesta. Otros verán escapar de la iglesia á la esposa después de haber pronunciado el *sí*, y tendrán que ir á buscarla durante muchas horas hasta encontrarla en algún escondrijo... que de antemano conocían. También había en el batallón jóvenes de San Giorio, los cuales, el día del santo patrón de la caballería, acompañan la procesión vestidos con todo género de disfraces carnavalescos, blandiendo monstruosos espadones y golpeándose por la calle, haciendo cabriolas y dando brincos hasta que, rebelándose contra su jefe, lo matan y lo cubren de hierba, eligiendo otro que es llevado en triunfo. ¡Quién había de decir que aquellas fisonomías serias y aquellos ojos fijos habían de inventar semejantes fantochadas!

Gente original á quien las montañas enormes, los extraños juegos de la luz y las espantosas obscuridades de los sitios donde viven, les arrastran á las supersticiones. Y creen y cuentan historias milagrosas en que se abisman los montes y ocurren terribles apariciones, y consultan con las brujas y hablan con los muertos por la noche.—Sí, señores, con esas caras que ustedes ven—gritó Rogelli, mirándoles con su paternal sonrisa.—Y llevarán en las marchas los bolsillos llenos de minerales para su teniente, ó una marmota viva, ó un miriagramo de hierba para hacer su cama; pero un cráneo que encuentren entre las rocas, para el museo alpino del comandante, jamás... ¡Ah, simplones de

mi alma! ¡Viva vuestro semblante! ¡Viva Val Dora!—Y la multitud repitió con entusiasmo: —¡Viva Val Dora! ¡Viva Susa! ¡Viva Avigliana!—hasta que fue atronada por las trompetas infernales de *Val Moncenisio*.

* * *

Era el batallón gemelo del de Val Dora, reclutado en la misma Comba de Susa y en los tres valles hermanos por donde descienden rumorosos los tres ramales de la Stura di Lanzo, y sobre las colinas amenas de Corio, de Rivara, de Fiano, de Ceres, sembrados de pueblos floridos y de quintas. ¡Oh memorias hermosas de giras domingueras, de cenas bajo los emparrados y de bailes en los iluminados jardines! ¡Bellos valles cubiertos de frescos bosques, y santuarios altísimos resplandecientes como perlas blancas sobre el inmenso manto verde de la montaña! Al ver las caras de color de granada de aquellos soldados, venía al pensamiento las florecientes amas de cría de Viú, cubiertas de joyas como vírgenes; y esparciendo en derredor olor á leche y á salud, las graciosas montañesas de Lemie, con su sombrero de fieltro negro caído con valentía sobre una oreja.

Me pareció reconocer á muchos de ellos, haberlos visto cuando muchachos, con las abarcas en los pies, descender por las sendas cubiertas de nieve que conducen á aquellas pobres escuelas del valle por cuyas ventanas no

se ve el cielo. Seguramente había entre ellos frecuentadores de la salvaje Comba, donde iban á cazar osos los príncipes de Saboya; alguno de los que viven bajo la amenaza perpetua de la Roccapente, y otros nacidos en aquella triste aldea de Bonzo, la cual no ve el sol durante sesenta y nueve días del año. ¡Cuántas peripecias no les habrían pasado ya á los veinte de edad! ¡qué pruebas tan duras no habría sufrido aquel temple tan gallardo! Los hijos de la última Balme más que todos; muchos de ellos podrían contar horrendas historias de padres aplastados por los desplomes, y de tristísimos meses de prisión, transcurridos en las casas sepultadas bajo la nieve, entre provisiones acumuladas como para un asedio, que podía acabar en la muerte.—Ahí están los huérfanos, de los aludes, de las grandes avalanchas—dijo Rogelli irguiendo la cabeza.

La señora Penrith les arrojó un puñado de siemprevivas.—¡Viva Lanzo!—gritó de repente la multitud.—¡Viva Viú!—¡Viva Groscavallo! —¡También los hijos de Groscavallo pasaban; los descendientes de los audaces minadores que los duques de Saboya llevaban consigo en las guerras, los hijos de Chialamberto, del llano de Usseglio, de Ala de Stura, que descienden en el invierno á partir leña ó se van fuera de Italia á ganarse la vida en los oficios más duros, con la única suprema ambición de lograr poner cuatro piedras de sus montes unas sobre otras, para morir cobijados por ellas diciendo: —Muero en mi valle y en mi casa.

El amor apasionado por sus montes era también el que hacía arraigar en todas aquellas cabezas un solo propósito, que se hacía ostensible en los ojos fijos y en las frentes arrugadas: el empeño de mantener las filas derechas y paralelas como tiradas á cordel, para que se dijese:

¡Qué bien han desfilado los de los tres valles de Stura!—Y los quinientos montañeses pasaron alineados como veteranos, contestando apenas con una ligerísima sonrisa, que no turbaba la inmovilidad de sus ojos, á las aclamaciones de la multitud, la cual les siguió con la mirada y con los vivas, hasta aparecer por la otra parte de la plaza una nueva pluma blanca de coronel que anunciaba los hijos de otros valles y de otras montañas.

*
* *

Por el movimiento que se echaba de ver en la muchedumbre, era de presumir que el primer batallón que se presentaba fuese de conocidos y vecinos. Era el del *Val Pellice*, en efecto, formado de jóvenes de Torre, de Bobbio, de Rorá, de Angrogna, de la flor de los montañeses excomulgados. Habiendo olvidado ya, sin embargo, el pasado, y viniendo al mundo diez años más tarde de la redención civil de sus padres, y mezclados con los hijos de la Rocca di Cavour, á los paisanos de Pellico, de Denina y de Brignone, y á los soldados de Cumiana y de Villafranca.

Apenas se presentó el primer pelotón, alguien lanzó el griro de:—¡Los Valdesi!—Y este grito, la idea de ver confundidos con los demás á aquellos soldados, y en un batallón que llevaba el nombre de su valle, destinado á combatir en sus mismas montañas en defensa de la patria de todos, fue como una chispa que inflamó el espíritu prorrumpiendo en altísimos gritos y sentimientos generosos.

Centenares de cofias valdenses blancas se agitaron en medio de la multitud; de una ventana arrojaron una corona con el emblema de la antorcha de la fe; y mistress Penrith, puesta en pie, con gran esfuerzo pudo contener un grito de entusiasmo protestante. Cinco barbudos ministros de los valles que estaban en un ángulo del palco, se levantaron descubriendo sus cabezas.

Por la mente de Rogelli cruzó, sin embargo, un pensamiento bien triste.—¡Quién sabe cuántos de estos tienen ya metida en la cabeza á América!—Al agrónomo le había entrado en la cabeza en cambio el vino de Bricherasio, como si el hálito de aquellos soldados hubiera transportado hasta su nariz el aroma.—¡Qué tranquilidad, qué placidez muestran—observó la señora—en medio de tantas demostraciones! —¡Qué quiere!—replicó Rogelli;—son alpinos. Todos son iguales. Lo ven y lo oyen todo, sin embargo, no lo dude, como cuando están en la montaña. Suben silbando y como distraídos; nada se escapa, á pesar de esto, á su oído y á su mirada: ni el pedrusco que faltaba al lado del camino el año antes, ni un atajo que pueda

ahorrar cinco pasos, ni un foso que en el otro lado del valle será preciso saltar al cabo de una hora, ni el sonido de una voz tan lejana que para nosotros pasaría inadvertida aun aminorando en una milla la distancia. ¡Ah! ¡Los sentidos de los alpinos, señores, son prodigiosos! Donde nosotros no llegamos á distinguir una casa de una peña, distinguen ellos una mujer de un hombre; olfatean las hierbas para la ensalada á diez metros de distancia; oliendo descubren el agua oculta y la niebla que principia á levantarse; adivinan la vereda invisible, preven la sima lejana; comprenden por el rumor del torrente si se puede vadear ó no; os señalan la lluvia y la nieve donde seríais incapaces de ver una granizada de quesos de Holanda, y son capaces de reconocer las huellas de un saltamonte. Y todo esto lo son esos, precisamente esos lobos de montaña—exclamó señalando á los soldados. En el mismo momento los lobos de la primera compañía desfilaban ante el palco regio y los de la última, por delante del nuestro, irguiendo su amplio busto y su frente valerosa, á la amorosa caricia de la patria.

*
* *

¡Adelante el batallón *Val d' Orco!* ¡Adelante el bello Canavese verde, madre de los vinos generosos y de los gallardos trabajadores de franco espíritu y de sangre ardiente, impetuosos en

la ira y en la alegría como las riadas del *Aqua d'Oro!* ¡Adelante los infatigables caldereros de la sonora Cuorgné, los fabricantes de cucharas de abeto de la solitaria Ceresole, y los trabajadores de las viñas que, con sus alegres canciones, rompen el silencio de los castillos de Aglié y de Valperga! En medio de éstos iban los montañeses de la industriosa Val Soana, los gitanos del Piamonte, dispuestos para todas las artes y oficios, y hablando entre sí una jerga truhanesca; y los de Valchiusella, joviales y corteses y de hermoso aspecto; los trabajadores más tenaces de los tres valles, los cuales, en compensación de no poder pronunciar la *ese*, poseen las muchachas más apetitosas de la región; carillas provocativas de santitas pecadoras; las de Rueglio, vestidas con una falda ceñida por delante y recogida detrás en mil menudos pliegues, y un justillo bordado sobre el que se apoyan y tiemblan los más sólidos tesoros del Canavese.

La muchedumbre saludó con gritos de alegría:—¡Viva Ivrea! ¡Viva Castellamonte! ¡Viva Locana!—cuando una estentórea voz del palco inmediato gritó:—¡Viva Pietro Micca!—¡Voto á Dios! que tenía razón: estaban en el batallón los hijos de la Manchester de Italia, los paisanos de Quintín Sella; estaban los jóvenes de Val D'Andorno. Mil exclamaciones brotaron á una:—¡Viva Micca! ¡Viva Andorno!

Y todos los ojos escudriñaron en medio de las filas á los habitantes de aquel fresco paraíso de Val del Cervo, arreglado y limpio como un parque real, donde todos saben leer y nadie pi-

de limosna; buscaron á aquellos albañiles de nacimiento, á aquellos mineros de instinto, á aquellos canteros engendrados y paridos de propósito que van á formar su hucha y á honrar la fibra italiana en todas direcciones: otros tantos toscos Quintines por su valor, pertinacia y buen sentido; y á todos se les vino á la mente la imagen de sus grandes muchachas, capaces de subir sobre sus espaldas á su amante hasta la cima del Mologna, con un color blanco sonrosado que parecen pintadas por Rubens, con ojos de color de zafiro y el pañuelo de colores atado alrededor de su blanca frente, y aquellas mangas de camisa, abiertas en el codo que dejan ver los brazos de luchadores.—¡Ah, qué hermosura de batallón!—exclamó Rogelli. —¡Ah, el buen vino de Valdengo!—suspiró el agrónomo, y la señora echó al aire una rosa, diciendo:—A Pietro Micca.—Y la multitud dejó escapar un largo grito, en el cual palpitaba el afecto por el salvador de Turín. Y todos aquellos jóvenes pasaron sonriendo de gratitud, como para decir que en los países remotos donde habrían ido á ganar su pan para la vejez, no habrían olvidado el grito aquél.

* * *

En este momento se alzan ante nosotros los cuatro prodigios de los Alpes: fue como una rapidísima deslumbradora visión del monte Rosa y del monte Blanco, del Cervino y del

Gran Paradiso, de diez valles de cien lagos, de mil picos y de formidables abismos, y de castillos almenados, y de torres y de arcos romanos, y de vastos bosques de abetos, y de pinos blanqueados por la luna y arrancados de cuajo por el huracán de los ventisqueros. Bien venidos sean los graníticos hijos del gran valle. A todos les pareció ver deslizarse por entre las filas las sayas rosadas de las muchachas de Gressoney, y alzarse los amplios sombreros redondos y los caprichosos gorros negros de las montañesas de Challant y de Cogne. Y todos oyeron pregonar el nombre de sus pueblos, los guías de Valsavaranche y los pastores de Valpellina y vendimiadores de Valtournanche y los limpia-chimeneas de Rhêmes, los tejedores de Valgrisanche y los hijos de Aosta, todos italianos de corazón por diferente que sea el lenguaje que en sus labios suena, y valientes todos en la pelea, como sus padres de la antigua brigada, á quienes el Piamonte venera todavía.—*¡Viva Aosta la vieja*—gritó la multitud,—¡Viva Crodo! ¡Viva Domodossola! ¡Viva Val Sesia! Porque también estaban en el batallón los hijos de aquel noble valle, sobre el cual se exhala como un aura gentíl, la gloria de Gaudenzio Ferrari, que suscita y mantiene vivo en las almas más incultas un sentimiento amoroso del arte; de aquellos abismos profundos y tranquilos desde donde se ve como al alcance de la mano sonreír y enrojecerse el Monte Rosa al primer beso del sol; de todos aquellos pueblos hermosos de lengua y de aspecto alemán, que cada uno presenta como una flor

propia un traje de mujer gracioso, lleno de colores y de originalidad.

Pasaban los cazadores de águilas y de marmotas, estuquistas y canteros: jóvenes altísimos, con sus cabezas rubias como el trigo: los naturales de Fobello, que goza fama de producir las muchachas más hermosas de los Alpes, graciosamente coronadas con cintas verdes y bermejas que cuelgan por las espaldas; los hermanos, los novios quizá de aquellas fuertes Margaritas del valle alto de Sesia, que visten justillos escarlata y negros, recamados de oro y plata, resplandecientes al sol como corazas de princesas guerreras. Y la multitud gritaba:—¡Viva Ivrea! ¡Viva Vercelli! ¡Viva Novara!—Era el último batallón piamontés que pasaba, los últimos hijos del gran arco de los Alpes que va desde el Monte Rosa al Colle di Cadibona; los pechos latieron con más fuerza; las flores caían con mayor densidad; los saludos tomaron la entonación de un adiós, y se prolongaron... Cuando á un toque de las nuevas trompetas, que vino del fondo de la plaza, toda la multitud se volvió hacia aquel punto impetuosamente, alzándose hasta el cielo un único clamoreo:—¡La Lombardía!

*
* *

Fue una aparición espléndida y querida, una oleada de poesía *manzoniana* que inundó nuestra alma: el batallón Valtellina, los hijos del

Resegone, ¿quién no los conocía? los compañeros de Lucía, de Enredapleitos y de D. Abundio; cuyas hermanas y sus amantes llevaban todavía en las trenzas la corona de largos alfileres y el pecho de brochado con flores y la falda de hilo de seda deshilachada. ¡Ah! estas habrían hecho una merecida acogida á los del conde Rambaldo! Buena y valiente Valtellina, que se vanagloría de no haber dejado de combatir en una sola batalla nacional, desde 1848 hasta el 76, sin hacer correr un arroyo de su nobilísima sangre. *Devota morti pectora liberae*, todavía, como contra las legiones de Claudio Marcello y de Publio Silo. Avanzaban y nos parecía atraerlas con la fuerza de la simpatía profunda que nos inspiraban. La multitud saludó al batallón con un grito de alegría. Eran buenos soldados, de aspecto montañés; extraordinariamente serenos y casi de alegres semblantes, hacían pensar en quinientos Lorenzos (de *Los Novios*, de Manzoni) vestidos de día de fiesta, yendo á preguntar por *el día* suspirado al cura.

El agrónomo, por su parte, pensó en el buen moscatel blanco y gris de sus pueblos, lamentándose de la criptogama que había arruinado aquellos preciosos viñedos para diez años.—¡Ah, si estuviese vivo Donizetti!—Exclamó Rogelli;—Donizetti, que *sentía* la montaña, ¡qué marchas hubiera compuesto para su batallón alpino!—Allí venían paisanos de Tomás Grossi, jóvenes crecidos en los jardines deliciosos de Bellagio, hijos de las tres parroquias de la orilla occidental, y de la *llanura infame*, y de

la desventurada garganta de vía Mala, confundidos los pescadores de Riva con los trabajadores de la bella y selvática Valassina, cerrada por el abrazo amoroso del lago, y con los pastores de los montes bergamascos, habituados al fragor de la cascada del Brembo, ó descendidos de los pueblos que primero sintieron el rumor y el eco del juramento de Pontida.—¡Buena y brava gente!—dijo Rogelli;—pechos de acero y corazones de oro, tan hermosos al verles ofrecer su mano al huésped, como cuando la levantan sobre la cabeza del enemigo.

Muchos de aquellos soldados tenían padres y hermanos en la Nueva Zelanda ó en la Australia, donde trabajan en la corta de bosques y en las minas, y recibían fondos de allí; y no pocos de entre ellos hubieran ido quizá, pero para volver seguramente, porque para la patria ellos invierten el proverbio «lejos de los ojos, cerca del corazón». ¡Una rosa á la Valtellina, mistress Penrith!—¡Vivan los valtellineses!—gritó la multitud.—¡Viva Lecco! ¡Viva Bergamo! ¡Viva Chiavenna!—Y nos parecían más hermosos y más triunfantes aquellos soldados italianos, porque veíamos con la fantasía, más allá de ellos, como un fondo obscuro en cuadro alegre, la miserable Lombardía de otros siglos; y llovían flores de todas las ventanas y de todos los palcos; y brillaba en los ojos de todos una sonrisa, una expresión de inusitada alegría, como si viesen en el horizonte la orilla maravillosa del lago de Como, que huye sobre las aguas y bajo el cielo rosado.

*
* *

Otro batallón y otra visión. Á la derecha, se levantan los montes escoceses altísimos que ciñen por el septentrión á Val Brembana y á Val Camonica y las cimas blancas de la garganta del Tonale, más allá de la cual está el Tirol alemán; se alza á la izquierda la muralla inmensa de los Alpes, una fuga de conos y de agujas que hienden las nubes, un conjunto prodigioso de glaciares más allá de los cuales se encuentra el cantón de los Grisones; y entre estas dos formidables paredes salta el Adda, joven y desenfrenado, disputando el fondo del valle al gran camino que sube de la llanura lombarda á las cimas del Stelvio, trasponiendo la cadena entera.—¡Viva la alta Valtellina!—se oye gritar por todas partes y de un extremo á otro de la plaza.—¡Viva *la madre de los valles!*—gritó Rogelli.—Ahí están los hijos de aquellos temerarios tiradores, los famosos que condujeron por el paso de Reit la columna Zambelli para sorprender á la compañía austriaca en el sitio fortísimo de los Baños Viejos. Hay jóvenes de la garganta del *Puente del Diablo*, que de niños han visto huír á los austriacos bajo los tiros de fusilería de los guardias nacionales de Guicciardi.—¿Y no os entusiasmáis?—pregunté al agrónomo. Este respondió que no conocía los vinos del valle. Pero admiraba el aspecto guerrero de los soldados: carnación más sanguínea, ojos y cabellos más claros que los del batallón del valle bajo, caras huesudas y graves, en las que parecía verse impresa la austeridad salvaje de sus lugares nativos.

Eran vigorosos montañeses de la hermosa cuenca de Sondrio y de los solitarios valles del Livrio y de Venina, jóvenes nacidos en la espantable belleza de Val Malenco y á las faldas del monte de las Desgracias; hijos de Bormio, llena de torres y triste hoy por su decaída gloria; crecidos en aquel laberinto de valles, de laderas, de gargantas, de abismos, alegría y desesperación de los alpinistas, que se extienden y se levantan en torno de Bormio hasta el grupo de los gigantes, con la cabeza eternamente blanca, entre los cuales impera el titán Ortler.—*¡Ludri!*—gritaba Rogelli lleno de entusiasmo;—muchachos con las piernas de acero y con el hígado de bronce, que arriesgan su vida por llegar á arrancar las últimas briznas de hierba sobre las últimas rocas que penden encima de sus pueblos; hércules que después de una marcha capaz de reventar á los mulos, piden un permiso de doce horas para ir á pasar una y media en su casa, y saliendo á pie á la media noche, vuelven al campo á medio día, á restituír la pluma de águila que un compañero les ha prestado para impresionar á la novia.

Este detalle hizo echar al aire el pañuelo á la señora Penrith, que se atrajo una mirada de reconocimiento de un cabo de la tercera compañía. Muchas personas se pusieron en pie; las aclamaciones redoblaron. Algunos gritaban al acaso nombres desconocidos de los pueblecillos metidos entre las breñas, nidos de fabricantes invernales de sillas y de cunas, en los cuales el maestro es médico, posadero y escribano; algún soldado, al oír aquellos nombres, volvía

la cabeza con una vaga expresión de curiosidad y de complacencia; y entonces muchas voces y muchas manos lo saludaban. Y así pasó la última compañía, ensordecida por los vivas, empujando á derecha é izquierda, con sus inflexibles pelotones, las irruptoras olas de la muchedumbre.

***

Se siguieron algunos momentos de silencio, y luego estalló una tempestad de voces humanas, cuyo eco lleva uno en el alma por toda la vida. Eran los hijos de la *leona de Italia;* era el batallón de la valerosa Val Camonica, que se acercaba, bello, apretado, soberbio, con variedad de singularísimos tipos;—desde jóvenes atléticos, de cara ancha y derecha, de nariz encorvada y de ojos negros, que revelan la inmigración umbra y etrusca en Val dell' Oglio,—hasta las prolongadas figuras rubias de semblante redondeado y ojos celestes, que acusan las trasfusiones de sangre eslava, longobarda y alemana; un batallón en verdad admirable, un torrente de sangre caliente y generosa, de juventud poderosa y audaz, orgullosa del nombre bresciano, pronta á dejarse arrebatar, tanto de la ira como de las inspiraciones de los más nobles sentimientos, y cuyo lenguaje, cortado y vibrante, trasluce la bondad resuelta y sincera. En el altísimo grito—¡Viva Brescia!—que levantó la multitud, iba un saludo á los heroes de la gran defensa de 1849;—los soldados lo comprendieron, y todos aquellos ojos brillaron como carbones encendidos. Eran habitantes de los ásperos montes horadados como madréporas por las entrañas de hierro; hijos del solitario Bagolino, descendientes de los *bellicosissimi hominum* respetados por Bruto, y arriesgados cazadores de osos de Monte Vaccio y robustos pastores de Mú y de Saviore: eran trabajadores en metales, de Val Gobbia, trabajadores en mármoles, de Rezzato, canteros de Cortenèdolo, y carboneros de Pezzo, crecidos bajo la sagrada selva de los abetos colosales y otros árboles gigantescos, de los cuales desciende al valle de noche, el cura fabuloso que crece de estatura á cada paso. Y se nos ofrecía á la fantasía el romántico lago de Iseo, mientras pasaban, y el Idro alto y triste, y la cara tétrica del Lago Negro y los argentados reflejos del Lago Blanco, y la pequeña Saló, madre graciosa de fuertes hijos; y todas aquellas colinas y todos aquellos valles, enrojecidos en otro tiempo de enseñas y sangre garibaldina, cuyos nombres hicieron latir tan fuertemente nuestro corazón en 1866; y con los toques de las cornetas oíamos silbar el viento por entre las espesas selvas de aquel pequeño Edén alpestre de Val de Scalve, y rugir, precipitándose, el furioso Ario, coronado de millares de arcos iris.

¡Quién sabe si quizá entre ellos había algún soldado del inolvidable pueblecillo Cimbergo, colgado de altísimas rocas como un nido de águilas, ó el oficial que bautizó con el nombre